

El espejo en la pecera

FRANCO VACCARINI





El espejo en la pecera

FRANCO VACCARINI

ANTOLOGÍA

Ilustraciones

Florencia Palacios Murphy

COLECCIÓN JUVENIL "VUELA EL PEZ"

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LA NACIÓN

Vaccarini, Franco

El espejo en la pecera : antología / Franco Vaccarini ; ilustraciones: Florencia Palacios Murphy. – Buenos Aires : Biblioteca del Congreso de la Nación, 2018. 76 p. : il. ; 17 cm. – (Colección juvenil "Vuela el pez" ; 4)

ISBN 978-950-691-105-8

1. Cuentos infantiles argentinos. I. Palacios Murphy, Florencia. II. Biblioteca del Congreso de la Nación (Argentina). II. Título. III. Serie.

Propietario

Biblioteca del Congreso de la Nación

Director Responsable

Alejandro Lorenzo César Santa

Diseño, compaginación y corrección

Subdirección Editorial

Impresión

Dirección Servicios Complementarios

Alsina 1835, 4.º piso, CABA

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2016

Alsina 1835

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

julio 2018

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

ISBN 978-950-691-105-8

Índice

<i>El espejo en la pecera</i>	9
<i>Y su tumba era un dragón</i>	17
<i>No sabría decirle</i>	23
<i>Un diablo de carnaval</i>	29
<i>El embudo de la muerte</i>	37
<i>Por eso te pido perdón</i>	43
<i>Nunca me gustó viajar</i>	53
<i>Los conejos están vivos</i>	61
<i>Una especie de fantasma</i>	67
<i>El mago y el androide</i>	71

El espejo en la pecera

—¡Uh! ¿Qué les pasó a todos? ¡No hay nadie! —dijo Daniel.

Tenía razón. En la plaza no había un alma. En las calles, tampoco. En todo el pueblo parecía que no quedaban almas. Solo calles. Calles vacías. Pero había una razón: hacía frío, el viento arreciaba, las primeras gotas de lluvia humedecían el pasto. Daniel y Luciano caminaban con las manos en los bolsillos, dispuestos a combatir el aburrimiento de la siesta, a pesar de los remolinos, del frío y de la lluvia.

—Les pasó que hay tormenta, Dani, eso les pasó. Que el tiempo está horrible. Mejor vamos a casa, a mirar tele —dijo Luciano.

—Esperemos hasta que abra la panadería, compramos medialunas y tomamos la merienda en tu casa, dale, nos damos un gusto —dijo Daniel.

Distraídos, no vieron acercarse a la mujer, hasta que les habló:

—Buen día, chicos.

Era una anciana con nariz de bola, cara pálida, dientes marrones, dedos de lagartija, toda piel y huesos, vestida con ropa arratonada. Los chicos se quedaron mudos y ella, al parecer satisfecha por la impresión causada, se presentó:

—Soy la señora Iris. ¿A ustedes también les gusta pasear cuando llueve?

—¿Usted es la señora Iris Flynt que vive en la famosa casa Flynt? —preguntó Daniel.

—Por supuesto. Soy yo. ¿Y ustedes son Daniel y Luciano?

—¿Y cómo sabe nuestros nombres? —dijo Luciano.

—Me los dijo el Espejo de Agua. Él puede responder a casi todas las preguntas.

—¿Espejo de Agua? —preguntó Daniel.

—¡Sí, sí, todo el mundo tiene un espejo de agua! Yo también tengo uno en casa, vamos que te lo muestro —afirmó Luciano, con la única idea de alejarse de aquella anciana trastornada. Era más prudente que su amigo.

Pero la mujer, lejos de ofenderse, respondió con gentileza:

10

—Puede ser que tengas un espejo mojado o con manchas de humedad, pero el mío es el único Espejo de Agua del mundo. Es un espejo-pep, un espejo vivo.

Para Daniel todo sonaba maravilloso. Seguro que era un invento chino o algo así. Luciano, en cambio, quería irse, pero la señora Iris Flynt tenía una propuesta que hacerles:

—¿Saben por qué vine a verlos? Resulta que preparé una torta de chocolate con almendras y el espejo no pudo responder una pregunta y me dijo que ustedes podrían hacerlo por él.

—¿Qué pregunta?

Daniel seguía entregado a su curiosidad.

—Pues... que el Espejo de Agua no come... no come tortas y no puede decirme si la mía es rica. O si no lo es.

Un trueno retumbó en el cielo oscuro.

Oscuro como una torta de chocolate. Y con almendras.

¡Ah! ¡Cuánto le gustaban a Luciano y a Daniel las tortas de chocolate con almendras!

—Pensé que ustedes aceptarían una invitación a casa, para probarla. De ese modo, podrían darme su opinión. ¿No quieren darse un gusto?

—¡Por supuesto! ¡Si pensábamos comprar medialunas, justo! —respondió Daniel.

—¡Ehhh...! —dijo Luciano, sin saber qué decir. Después de todo, él era más prudente que Daniel, pero todavía más goloso.

—¡Fantástico, chicos! ¡Vengan conmigo! —ordenó alegremente la señora Iris Flynt.

La puerta chirrió cuando la dueña de casa los hizo pasar a una sala sombría, en la cual solo entraba un poco de luz por una ventana. Había en el aire un delicioso aroma a masa recién horneada.

11

Qué rápido se terminan las tortas de chocolate con almendras.

No dejaron ni las migas, bajo la atenta mirada de la cocinera.

—Muy bien, chicos... ¡Me alegro de que les haya gustado! Porque les gustó... ¿verdad?

—¡Hummm!... ¡Riquísima! ¡Deliciosa! ¡Es lo más! —las voces de los amigos se entremezclaron. En su vida habían probado algo semejante.

—Entonces, ya que se dieron un gusto..., ahora no podrán negarse a darme uno pequeño a mí.

Eso ya no entraba en los planes. Luciano recordó que era un chico prudente:

—Tenemos que volver a casa. Se nos hizo retarde.

Pero Daniel, el curiosísimo Daniel, actuó de manera contraria:

—¿Qué favor necesita, señora Flynt?

—Quiero que conozcan a mi Espejo de Agua. Gracias a él los conocí a ustedes y ahora quiero que ustedes lo conozcan a él. Así se conocen, también, entre ustedes. Síganme al sótano —indicó la anciana con una mueca apenas maliciosa.

En el centro del sótano solo podía verse un espejo dentro de algo que parecía una pecera llena de agua con burbujas de oxígeno, que resplandecía con una luz espectral, de un verde opaco.

12

Luciano codeó a Daniel, nervioso:

—Esto no me gusta nada.

Pero su voz fue tapada por la voz de la señora Iris Flynt:

—Hola, Espejo de Agua. Te traigo dos pececitos nuevos.

Y el Espejo de Agua habló lenta y cavernosamente, multiplicando las burbujas con sus palabras. La boca, ubicada en el centro del espejo, hacía ondular el agua y unos colmillos cristalinos, muy finos y largos, se reflejaban en su interior. Era, por cierto, una criatura muy extraña. Y hambrienta.

—Has hecho bien, anciana. No solo puedo vivir del agua y los horribles alimentos balanceados. ¡Son asquerosos!

La señora Iris Flynt aferró al par de amigos por las muñecas y los arrastró hacia la pecera.

—Vamos, vamos. No sean egoístas. Ustedes comieron mi torta y ahora el que necesita comer es mi espejo.

Con la fuerza que solo puede dar la desesperación, los amigos escaparon de la anciana y corrieron escaleras arriba hasta atravesar la sala y salir a la calle como flechas.

—Nunca más hablaremos con esta señora —dijo Daniel, doscientos metros después.

—Nunca más hablaré con nadie —dijo Luciano, trescientos metros después.

Habían comido la torta a un precio muy alto. Ya no volverían a caer en una trampa tan burda. Nunca, nunca más.

Días después, la señora Iris Flynt volvió a acercarse a los chicos, en la plaza. Era una de esas tardes radiante y tibia, tan radiante y tibia que cualquier desprevenido creería que ya nada malo podría suceder en el mundo; que ya habían desaparecido de la tierra los sótanos oscuros, las invitaciones tramposas, los espejos maléficos. Una tarde en la que cualquiera podría creer que la señora Flynt era una abuelita inofensiva, salvo Daniel y Luciano. Ellos tenían presente lo que les había sucedido y no se dejarían



engañar por el nuevo canto de sirenas que la señora Flynt estaría dispuesta a ofrecerles. Claro que no. ¡Eso jamás!

—Hola, queridos. ¿Cómo están? Disculpen la broma del otro día.

—¿Broma? —dijeron a coro Daniel y Luciano. No esperaban ese comienzo.

—Ja, já... ¿los asusté, verdad? Es un truco de lo más sencillo, se los explicaré si a cambio prueban mi torta de vainilla.

—¿Ehhh...? —dudó Luciano.

—No tengo hambre —dijo Daniel.

—Pero esta torta te va a despertar el apetito. La vainilla es el sabor del paraíso. Y yo quiero reivindicarme con ustedes, que los asusté —dijo la mujer, con una voz tan amorosa que los chicos dudaron, hasta que no dudaron más.

—¡Por supuesto! ¡Encantados! —dijo Daniel.

Y Luciano no dijo nada, pero los siguió.

“Oh, qué bien, se acercan... vienen hacia aquí... ¡Con el hambre que tengo! En cuanto asomen sus cabezas sobre el agua, saltaré sobre ellos”, pensó el Espejo de Agua, en su sombría pecera.

—¿De verdad les gustó la torta de vainilla? —consultó la señora Iris Flynt, unos minutos después.

—¡Es absolutamente máxima! ¡Más rica que la otra! ¡Sabrosa! ¡Crocante!

—Entonces vengan, acompáñenme al sótano así les muestro el truco del Espejo de Agua. Es un mecanismo

que hay en el fondo de la pecera. Oh, es tan sencillo, se van a morir de gusto...

A Luciano y Daniel no les gustó mucho la idea de morir de gusto, pero... ¿acaso otra vez iban a huir de la pobre anciana? Solamente se inclinarían un segundo sobre la pecera.

Para darle el gusto.

En silencio el Espejo de Agua hizo borbotear apenas una burbuja de oxígeno. Estaba listo.

Para darse el gusto.

Y su tumba era un dragón

No hubo ninguna señal, ningún ruido fuera de lo corriente a esas horas, pero al abrir la puerta de la mesada para dejar el envoltorio de un chocolate en el tarro de la basura saltó sobre mi mano un lagarto de Komodo.

Esquivé la mordida, salí del departamento y empecé a gritar por el pasillo del primer piso.

—¡Un dragón, un lagarto, Komodo!

Era medianoche. Corrí por la escalera hacia la planta baja. El guardia de seguridad dormitaba con el codo apoyado en el mostrador y el mentón en la palma de la mano.

—¡Eduardo, Eduardo!

—¿Qué pasa, hombre?

Abrió los ojos como un ciego, despierto de su incómodo sueño, sin ver todavía o sin descifrar lo que veía.

—¡Un dragón!

—¿Un ladrón? ¿Dónde?

—¡Un dragón, un lagarto de Komodo!

Enmudeció.

—Hay un bicho horrible en mi mesada, Eduardo —le dije, más sereno.

El hombre no comprendía, pero también tenía miedo. De mí.

A mí no me da miedo casi nada. La muerte no me asusta, un dragón, sí. Morir es algo fácil, hasta el último cuadrúpedo en el mundo puede hacerlo. A mí me dan miedo las cosas que no sé hacer. No sé hablar alemán

y a veces sueño que estoy perdido en Berlín y nadie me entiende. Y nunca aprenderé el idioma oscuro de un dragón de Komodo. Esas cosas sí me dan miedo, pero morir, estoy seguro de que sabré morir, que aprobaré el examen, que aprenderé a no respirar más. Y nadie es más hombre por eso.

Nunca bebí.

Yo me embriago con estrellas y los espejos rotos, con la niebla que flota sobre el lago, con el ruido atronador de las cigarras en verano.

Quiero decir: yo estaba en mis cabales y había un dragón en la mesada.

La verdad es que hacía dos noches que no dormía. Y no dormía porque no me podía dormir. Llámelo nervios, estrés, no poder pagar las cuentas. Las deudas son las mejores amigas del insomnio.

Y allí estaba lidiando con Eduardo, el guardia.

—¿No ha visto Animal Planet, hombre? ¿No sabe que los dragones de Komodo existen?

—Cómodos o incómodos, muchacho, jamás he visto uno. Por mis ojos lo digo. Que jamás vi uno.

—¡Un dragón, un lagarto, un dragón de Komodo! ¡Un saurópodo de la familia de los varánidos!

—Ya acábela con eso. Duerma tranquilo, hombre.

Pasé por alto su insolencia, pero le dije que iría a dormir en paz si él me acompañaba a comprobar que de veras no había tal dragón en mi mesada. Con una sonrisa maligna, aceptó. Subimos por la escalera. Un solo piso.

Entré temblando al departamento, y él, tan campante. Lo admiré, juro que en ese momento admiré al pobre imbécil.

Abrió la puerta de la mesada con total displicencia. Un guardia, un centinela debería estar siempre alerta, pero el inoperante me miraba a mí, mientras decía:

—¿Ve que no hay nada, don? Nada de nada.

Presa fácil para un dragón de Komodo. La bestia le aplicó su furia mordedora con tal decisión que le arrancó la mano íntegra. El guardia ni siquiera gritó, se miró extático el miembro ausente, como si no sintiera nada salvo asombro. El dragón embuchó y atacó otra vez y otra vez. Mordida tras mordida, el guardia terminó por desaparecer. Su lengua plagada de bacterias asesinas dejó el piso impecable, sin rastros de sangre. Crimen perfecto. El dragón se volvió a meter en la mesada.

Deduje que estaría tan lleno como una boa después de tragarse un chimpancé. Supuse que sus movimientos serían más torpes, así que abrí la puerta. El dragón me miraba con sus ojos acechadores, incapaz de levantarse, arrellanado, hinchado como el parásito en el almohadón de plumas del viejo Quiroga, contenido en el mezquino espacio de la bolsa reciclable del tacho de basura. No sé cómo hacía para caber ahí semejante bestia. Comprendí que debía cerrar la bolsa antes de que el bicho hiciera la digestión y tuviera hambre otra vez. Lo hice. Me costó arrastrarla por el piso.

Bajé, caminé hasta la vereda y la solté junto a un ciprés. Los cipreses son los árboles que abundan en los cementerios. El cadáver displicente ya estaba en la som-

bra correcta y su tumba era un dragón. Un hombre de aspecto humilde caminaba lento. Lo previne:

—En esa bolsa, cuidado. ¡Un dragón, un lagarto, Komodo!

El hombre me observó con una sonrisa ladeada, como si la boca se le estuviera por caer al piso.

Su problema.

Volví al departamento.

Fui directo al cuarto y Jimena estaba allí, entre dormida y despierta, estaba allí, en la cama.

—¿Escuchaste los gritos? ¿Hubo gritos o yo soñé?
—me dijo.

—Dragón, lagarto, Komodo, guardia de seguridad comido. Tarro de basura, vereda, ciprés, hombre humilde.
Fin.

—Que loco, sos, mi amor, siempre tan imaginativo
—me dijo.

Y ella se durmió y yo también. De lo más campante.



No sabría decirle

Anoche se me ocurrió ir a la esquina del incendio, a cinco cuadras de casa. Todo comenzó porque leí el diario por Internet y la noticia más importante se titulaba: Incendio en Villa Ortúzar.

Llamé a mi perro, para tener una excusa de salida. Yolanda, mi esposa, me preguntó:

—¿Adónde vas?

—A pasear a Rocco.

—Qué bien, mi amor. Él te lo va a agradecer algún día. Ahora no, porque es joven y no lo valora.

No pude sostener la mentira.

—En realidad, quiero ver el incendio. Rocco es una excusa. Perdoname —confesé.

—¿Cuál incendio?

—Uno acá, a cinco cuadras. Parece que fue un desastre.

—¿Qué pasó?

—Se quemó todo. Con fuego.

—¡Uh...!

—Sí, una macana. Había un...

—¡Basta, no me cuentes más que sufro! —me interrumpió.

—Bueno, pero también voy a pasear a Rocco. Es decir, no te mentía, solo que me produce curiosidad el incendio y pensé que si voy con Rocco voy a parecer un vecino cualquiera que vive por ahí.

Yolanda me dijo:

—Ay, das tantas vueltas para todo mi amor. Tenés derecho a ver el incendio, ver si se quemó alguien. Estamos en democracia.

Me fui. Con Rocco.

En la calle ya había olor. Olor a cosas quemadas. Rocco no paraba de olfatearlo todo. Estaba tenso. Había chispas que traía el viento y se veían maravillosas en el aire oscuro. Rocco comenzó a asustarse con las sirenas en cuanto nos acercamos, así que lo solté. El pobre se quedó a mi lado, sin atreverse a nada. Le volví a poner la cadena. Pobre Rocco, cuando se asusta le viene el síndrome del canario. Da una vueltita pero no se puede alejar de la jaula, de mí.

24

Me acerqué a un camión de los bomberos; el incendio estaba controlado. Había patrulleros de la policía para desviar el tráfico. A mí no me dijeron nada. Yo era un vecino cualquiera que andaba por ahí. Un bombero con la cara tiznada recuperaba aire, apoyado en una rueda del camión hidrante.

—Estoy paseando el perro, sabe. Qué sorpresa —comenté, de un modo casual.

—¿Qué?

—No, digo, que casualidad..., justo vengo a pasar por aquí. Con el perro. ¿Hay un incendio?

—¿Si hubo un incendio? —preguntó el bombero.

—No lo sé, soy un vecino, pasaba por aquí. Con el perro —aclaré.

—Mire, no sabría decirle —me dijo el bombero.

—¿Se quemó alguien?

—No sabría decirle —insistió el hombre, y movía la cabeza de un extremo a otro.

—¿Y ya está todo apagado...?

—Si le digo la verdad, le miento —dijo el bombero.

—Pasaba con el perro —le dije.

—Lo entiendo. Paseaba con el perro. Eso no le da derechos que no le corresponden. Si quiere saber, prenda la tele, la radio o el Internet —dictaminó el buen hombre.

—Qué desgracia. No tenía idea de lo que estaba pasando.

Dos o tres sirenas insistían en ponerle un toque siniestro a la noche, otros bomberos se ocupaban en guardar esto y aquello. Un patrullero se fue, el otro seguía en la calle, desviando tráfico. Todo parecía controlado. Un policía me miró apenas:

—Pasaba con el perro —comenté.

—Ajá —me respondió él.

Me di cuenta que no era necesario preguntarle nada. Que ya todos sabíamos que todos sabíamos. Un incendio. Me sentí portador de la novedad tanto como ellos, que habían estado allí desde el principio. Bomberos, policías, alguna cámara de televisión y los vecinos; Rocco, yo mismo. El secreto se movía en el aire, como la última chispa del fuego, como las sirenas, las luciérnagas en llamas, de un extremo a otro. No pude contenerme y resoplé:

—Pasaba con el perro. ¿Hubo un incendio, no?

—Así dicen —dijo con modestia el policía.

Para mí, ya estaba todo confirmado. Volví a casa.

Yolanda cantaba, fue del patio al cuarto. Cantaba. Dejé a Rocco en el taller, guardé la cadena y pasé junto a Yolanda con gesto grave. Prendí la tele: ¡Incendio en Villa Ortúzar! decía el sobreimpreso en la pantalla.

—¿Qué tal el incendio? —me preguntó Yolanda.

—Parece que está apagado... —respondí.

—¡Uh!... ¿se quemó alguien? —insistió ella.

¿Qué se puede decir ante semejante acontecimiento? Todo lo excede.

—No sabría decirte.

—¿Fue por accidente o intencional? —dijo.

Moví la cabeza gravemente. Y respondí:

—No sabría decirte.

Y luego, el silencio cómplice, el silencio. Que se encargue de todo el silencio.



Un diablo de carnaval

Me mudé a Lincoln a fines de febrero, a la casa de mi hermana mayor, que estudiaba letras en el profesorado. Mi futura vida de estudiante secundario en la ciudad implicaba para mí un cambio fabuloso; nunca como entonces el porvenir sería tan promisorio, tan extraordinario y desconocido, tan diferente a una infancia tímida, casi feliz, aunque abrumada por invocaciones religiosas que recibí con inocencia. El infierno era un lugar temido y presente por las noches, cuando rezaba por mi salvación; pero a los doce años pegué un estirón, adelgacé mucho, comencé a leer novelas, a rebelarme ante mis padres y también, tímidamente, a los dogmas que me habían impuesto.

29

Pasaría del farol a querosén a la luz eléctrica, de las exploraciones en las taperas al cine Porta Pía, de arrear vacas con el cimarrón a jugar al fútbol en las inferiores del club El Linqueño, de las flamantes discusiones con papá y mamá a una libertad tutelada por mi hermana, de la manteca casera a las golosinas de los kioscos, de los juegos con mi hermano menor a los juegos con las chicas, cuyas reglas desconocía todavía, pero que compensaba con un gran interés por aprenderlas.

Atrás de mí quedaba el campo de Chacabuco, sobre la ruta treinta, donde mi padre trabajaba de tambero; un puesto que debió tomar como último recurso, luego de que no le renovaran el contrato de arrendamiento de su chacra en Lincoln.

En esos primeros días de vida urbana todo fue vertiginoso, inolvidable, aunque nada como el olor del pan recién hecho y las facturas de la panadería Lemes. El negocio ocupaba un cuarto de manzana y mi hermana Alicia me puso al tanto de su fama. Me dijo que no era raro ver ratones en los canastos de mimbre; que el viejo Lemes, calvo, alto, de memorable abdomen, protegía a los roedores espantando a los gatos; que salaba los bollos crudos de pan mojándolos en su propio sudor, acalorado por el fuego del horno. A pesar de esa fama, el negocio prosperaba. El pan era el más rico del pueblo; las masas y facturas, un regalo para el paladar. Lemes trataba a sus clientes —y yo me había convertido en uno de ellos— con aspereza. A veces trocaba su muda hostilidad por algún chiste de tono subido, que él mismo celebraba con risotadas sin proporción ni medida.

A pesar de todo, los vecinos no podían sustraerse a las delicias que elaboraba con sus manos de sospechada higiene.

El sábado por la noche, Alicia —que alquilaba una casona de techos altos y pisos brillantes al lado de la panadería— me propuso ir al centro para disfrutar la última noche de carnaval.

En la avenida más importante, el público se aglomeraba para admirar las carrozas, los cabezudos y la comparsa local, nutrida de chicas lindas con vestidos diminutos y plumas teñidas, de avestruces africanos. La música fuerte, los gritos de un animador instalado sobre un palco de madera, el papel picado que la gente se arrojaba sin ce-

sar, toda esa energía que parecía no tener un centro, sino múltiples focos, habían logrado intimidarme. Yo me imponía estar a la altura de las circunstancias, aparentando soltura y ligereza: mi hermana decidió irse temprano y le dije que prefería quedarme un rato más.

—Bueno, pero vení enseguida; no pierdas la llave de la puerta.

—Andá tranquila —le respondí, orgulloso de tener llave para abrir una puerta.

Y me quedé solo en la multitud.

Todo iba bien hasta que una chica rubia me llenó los ojos de espuma. Creí, consumido de horror, que mis ojos habían sido quemados por algún ácido, y que me volvería ciego. En segundos recuperé la visión, mientras mi corazón latía sin freno. Reconocí a mi agresora: una chica delgada y linda: la había visto en la panadería. Me miraba, sin dejar de sostener el pomo de espuma en sus manos. Con esa desenvoltura propia de las chicas de la ciudad, me preguntó si me sentía bien. Le dije algo que ni ella ni yo escuchamos, porque en ese momento la batucada de la comparsa tronaba frente a nosotros.

—¡Vení, vamos a sentarnos! —exclamó.

Nos sentamos en un banco de madera, casi en el centro de la plaza vacía, con sus senderos de tierra, los canteros y los árboles.

—Yo te conozco, soy la hija del panadero, me llamo Laura.

Un par de chicas llamaron a Laura, pero ella les hizo un gesto con la mano, indicándoles que iba a quedarse conmigo. Mi susto inicial había dado paso a la vergüenza.

—Sos tímido ¿no? —adivinó.

—No, no soy tímido; soy callado —me defendí.

Sin darle importancia a mi declaración, dijo:

—Prefiero quedarme en el banco porque ya vi que anda el diablo de ronda.

Yo recordaba la carroza del diablo, porque era de las más festejadas por el público: un diablito travieso que robaba gallinas a un granjero distraído.

—¿Y por qué? ¿Te da miedo porque roba gallinas? —le pregunté.

Laura abrió bien grandes los ojos.

32

—Este es otro diablo, y no roba gallinas. El que te digo yo es el diablo de verdad, que se disfraza de diablo de mentira. Se mezcla entre la gente para ver qué puede robar.

Me desconcertó su seriedad, sospeché un engaño, una trampa, pero ella tomó mi brazo y gritó:

—¡Allí está!

—¿Dónde? ¿Dónde? —pregunté, sobresaltado.

—No hay que asustarse, porque dicen que se acerca al que está más asustado —agregó Laura.

Estar obligado a no asustarme me asustó muchísimo.

En ese momento el animador anunció a los gritos la presencia de las candidatas a Reinas del Carnaval y di un salto involuntario.

—¡No te asustés! —me ordenó Laura.

Y luego, con su boca pegada a mi oído machacó:

—Ojo. Sin miedo.

Lo dijo aferrándose con sus dos manos a mi brazo; y su cercanía me asustó también, pero era otro tipo de susto, un susto más delicioso que el pan de su padre. Vi a dos o tres personas caminando por los senderitos mal iluminados. Laura me apretó tanto el brazo que sentí dolor, pero no le dije nada.

De pronto el diablo se paró frente a nosotros. Vestía un sobretodo negro, galera de mago, y una máscara pálida, de plástico, con pelos de verdad que, pegados a la máscara imitaban una barba negra y nutrida. Dos cuernos y un rabo de goma espuman delataban quien era, y por si quedaban dudas, llevaba una auténtica horquilla tridente en su mano.

—¿Han visto al gauchito por aquí? —preguntó. Era una voz gruesa y muy afectada.

—¿Está el gauchito cerca? —repitió el diablo.

—Ni idea—respondí en un susurro.

—A mí me gustan mucho los carnavales —confesó el diablo con un tono modesto.

—A mí también, señor...

—Dígame Diablo, nomás.

Laura se mordía los labios; como si estuviera guardando un grito. Verla tan asustada me terminó de impulsar:

—Prefiero que no esté cerca de nosotros, Diablo.

—Por supuesto, lo entiendo. Es natural —aprobó el diablo.

Ensayó a irse muy, muy lentamente. Comenzaba a relajarme cuando lanzó un grito gutural, cargado de maldad y me apuntó con el tridente. Grité también, perdido de terror: Laura se mordía los labios con mucha fuerza y me reprochó:

—La embarraste, se dio cuenta de que tenemos miedo. ¡Corramos!

Solo atiné a correr y a correr hasta que nos mezclamos a los empujones entre mil espaldas. Me tranquilicé cuando subí los escalones de la iglesia. Hice la señal de la cruz y miré alrededor. Laura no estaba. El diablo tampoco.

Después de un rato me cansé de los lejanos gritos del animador, de las carrozas y de mi propio miedo y me encaminé a la casa, que estaba a pocas cuadras.

34

Al otro día, el señor Lemes me saludó más sonriente que de costumbre, cuando fui por las facturas y el pan de la mañana.

—¿Y? ¿Te gustó el carnaval? —me preguntó con una voz gruesa y afectada. Algo parecido a la lucidez me puso en guardia. Laura, detrás de un cortinado, me miraba entre divertida y avergonzada.

La voz de Lemes se parecía a la voz del diablo.

Y comprendí todo: el pan tan rico, las facturas deliciosas a pesar de la mugre y los ratones, el horno ardiente... Allí estaba el maldito, disfrazado de panadero y haciéndonos comer su pan, cada día.



El embudo de la muerte

*Versión libre del mito griego
de Escila y Caribdis*

Hacía muy poco que nos habíamos casado con Daniela y ya estábamos en la parte más oscura de la sombra; cerca de los perros y del Embudo de la Muerte. Me cuesta decir que tuve razón. Hubiera preferido que, como tantas otras veces, Daniela tuviera razón.

A ella le gustaba el turismo de aventura y los deportes extremos. Su sueño era que yo aprendiera aladeltismo, alpinismo, paracaidismo, y todo ese tipo de ismos que te llevan directo a tumbarte bajo una lápida. Tenía pesadillas con mi futuro epitafio:

Esto me pasó por ser tan flojo.

Y otro más contundente:

*Esto fue una secuela
por querer a Daniela.*

Si yo la invitaba a pasar unos días en el casco de una estancia o en la laguna de Junín, ella, por ejemplo, proponía que fuéramos de mochileros al desierto de Atacama a buscar amonites del Jurásico para su colección de fósiles. En el último viaje de solteros, casi muero infestado por la mordedura de una Araña Errante Brasileña, en un desolado hospital de Manaos. Ahí me puse firme.

Hace unos días me reprochó:

—Claro, ahora que estás casado te achanchaste. De la oficina a casa y de casa al club, o al cine. Ya tenés pancita.

—¡No tengo panza! —refuté, sacando pecho.

Y agregué:

—Lo máximo que puedo ofrecerte este fin de semana largo es ir al delta del Paraná.

—Está bien. Pero después escalamos el Monte Everest.

—Dame tiempo, ¿puede ser? —respondí.

Busqué una lista de lugares posibles, no más allá de la primera sección de islas. Llamé a la Secretaría de Turismo de Tigre y una empleada me informó que los recreos y cabañas se encontraban cubiertos debido a un contingente de ancianos japoneses.

38

—¿Y si nos quedamos en casa? —arriesgué.

—Es lo último que haría. El sábado a primera hora vamos a la estación fluvial, que algo vamos a encontrar; así, improvisado, todo sale más lindo —dijo Daniela, sin dejarme opciones.

Y eso hicimos. En el muelle trece, esquivando a los simpáticos turistas asiáticos, dimos con un tal señor Pedro, un hombre mayor, bajo y enérgico, que tenía una lancha vieja, pero en buen estado. Nos recomendó hospedarnos en la Casona de Sicilia, en la segunda sección de las islas.

—Comer y dormir en la Casona es muy barato. Si se animan a cruzar el Embudo de la Muerte, los llevo.

—¿Qué es eso? —preguntó Daniela, entusiasmada.

—Es una leyenda. Dicen que allí murió ahogada una mujer y que su ánima se convirtió en un remolino que todo lo traga y luego lo lanza hacia arriba, con un chorro de agua.

Daniela quedó encantada por la posibilidad cierta de un peligro.

Después de atravesar el río Luján y de zarandearnos por el paso de yates prepotentes y lanchas colectivas, iniciamos un monótono andar entre arroyos y canales. Los árboles comenzaron a formar un arco casi perfecto encima de nosotros.

—Esto es muy agreste. Capaz que hasta hay pumas —dijo Daniela.

El señor Pedro respondió:

—No, pumas no.

—¿Jaguares? —arriesgué.

—No, jaguares, no.

Respiré más tranquilo. Sin pumas ni jaguares, al menos no había grandes felinos; quedaba la posibilidad de los gatos monteses.

—No, gatos monteses, no.

—¿Qué hay de... interesante? —preguntó Daniela, supongo que con la ilusión de que hubiera algún depredador natural de la especie humana, para que todo resultara más romántico.

—Están los perros.

La respuesta me alivió, pero me preocupó una mueca maliciosa, secreta, que se formó en los labios del viejo.



La oscuridad era casi total, la techumbre vegetal no dejaba filtrar un rayo de sol; pasamos del canto de los pájaros al silencio y del silencio a un estruendo lejano que se fue haciendo más y más fuerte. De pronto, los ruidos fueron ensordecedores, el canal comenzó a ensancharse y al tomar una curva, vimos un enorme círculo de espuma donde las aguas se revolvían sin cesar.

—¡Ahora es cuando...! —gritó Pedro.

Solo había un margen muy estrecho por donde la lancha podía cruzar. Con la pericia de un domador el viejo superó el remolino, un remolino singular ya que tragaba las aguas y luego las vomitaba con fuerza; para volver a tragarlas. Un fenómeno inexplicable.

—¿Cómo puede existir tal cosa? —chilló Daniela, afebrada a mis antebrazos.

—Es la ahogada, que tiene hambre —susurró Pedro.

Nos internamos en un arroyo diminuto cuando un coro de ladridos feroces nos alarmó. Un montón de perros —luego sabríamos que eran seis— flacos, de cuello largo, con bocas babeantes y ojos rojizos se arrojaron al agua en un intento desesperado por abordar la lancha. Uno de ellos llegó a encaramarse sobre la proa, pero el viejo lo ahuyentó con un palo. Abandonaron la persecución con aullidos lastimeros.

Al descender en el muelle corroído de la Casona, Daniela vibraba y yo, solo temblaba. Le pagamos el viaje al lancharo y prometió volver el domingo a la tarde. Nos recibió una anciana esmirriada, de ojos grandes, negros, que

nos sonrió sin dulzura, dejando ver los espacios vacíos entre diente y diente.

—Pasen al cuarto y bajen a desayunar —ofreció.

Poco después, en la amplia galería, la mujer nos trajo un té sin gusto y unas galletas de agua sin sal.

—El viaje nos abrió el apetito —dije, en tono ligero, pero algo ofuscado por la humildad de la vianda.

—Mis cachorros comerán muy bien —respondió la anciana, y dio media vuelta, hacia el monte.

—¿Irá a buscar huevos de gallina? —murmuré.

—Qué tierna. Para ella somos dos cachorros. ¿Viste lo que fue ese remolino? ¿No fue genial? ¡Si te hubieras visto la cara! ¿Y los perros? ¡Guau! —dijo Daniela.

Contemplé la belleza de aquella casona, una belleza decadente, incluso abandonada, pero con un encanto que superaba cualquier falta de confort.

42

Y entonces, no muy lejos, escuché a la anciana decir:

—Cachorros, cachorritos... la comida ya está lista. Vengan, cachorritos.

Me faltaban unos segundos para advertirle a Daniela que teníamos que correr, correr, correr porque allá, detrás del ceibo venía la vieja con los seis perros, todos juntitos, como si fueran una sola bestia.

Por eso te pido perdón

La araña de cristal que coronaba el centro del salón comedor le daba al lugar un aire distinguido. Había mesas con manteles blancos, paneras vacías y floreros oscuros, el patio interno con baldosones amarillos, un hombre flaco sentado en la barra. Entré con ganas de salir, ensayando el modo de articular una conversación razonable y de contener toda efusión emocional al encontrarme con la señorita Miriam y mis compañeros de la primaria. Me resultaba fantástico que ellos fueran reales y no simulacros, personajes de un cuento de hadas corregido por la memoria: mi infancia en el campo.

Después de los abrazos, los gestos de sorpresa, las palmadas, comprobé que yo estaba actuando de un modo aceptable; como un actor que recuerda una obra ensayada hace mucho tiempo, con uno que otro olvido de la letra, disimulado por improvisaciones inspiradas.

“Pensé que estarías más gordo”, me dijeron varios.

Habían venido Nora Lavagnino, que ahora vive en Villa Crespo, en la Capital; el Cabezón Artuzo y Ramírez; Palacios, que era músico de bailantas; Cecilia y Walter Falabella; Adolfo Masciulli y Graciela —la hermana—; Mónica Poltrone; mi primo Alberto; Angelita Alburúa y las mellizas huérfanas del portugués De Paula, que murió en el cruce de vías de Palemón Huergo, arrollado por un bruto y viejo tren pampeano. No había venido Amílcar. Amílcar Bastos.

El maestro estaba igual que cuando nos llevaba en su Chevrolet azul a cazar liebres, los sábados, en la estancia Las Lidias. Con incredulidad, escuché que había cumplido los setenta. Y tan igual que entonces: el pelo negro y los dientes hacia adentro, barnizados de amarillo por la nicotina del tabaco, aunque ya no fumaba. Mantenía la voz pausada, ceremoniosa, apenas audible. A la derecha del maestro se ubicó Cecilia, la principal promotora del encuentro. ¡Lo bonita que había sido Cecilia! Me di cuenta al ver las fotos en blanco y negro que trajo para mostrarnos. Cecilia con una minifalda y el ombligo al aire, como la protagonista de la serie *Los años felices*. Por allí andaba yo, en el sube y baja: arriba el cielo y atrás un monte de eucaliptos. Cecilia se casó a los dieciséis con un empleado de Molinos Chacabuco. También trajo fotos de sus tres hijos adolescentes: eran el colmo de la felicidad esos chicos, todo risas, bucles dorados, ojos claros. El mayor usaba barba candado, como los cantantes melódicos de moda.

El maestro conservaba la misma voz de entonces, cuando interrumpió el recreo para anunciarnos:

—Ha muerto el presidente.

El Ñato Álvarez, que de tanto repetir de grado ya le crecía la barba, exclamó:

—¿Perón?

Por entonces la muerte era algo que solo le pasaba a Perón y al padre del maestro. Nunca olvidaré el encargo que me hizo mamá en aquella ocasión. “En cuanto lo veas, lo saludás y le decís”.

Y en cuanto lo vi, lo saludé y le dije, con una incomodidad y una timidez insuperable:

—Le acompaño el sentimiento, maestro.

El maestro aceptó mi acompañamiento con una mueca de tristeza, sosteniendo mi mano y mirándome a los ojos, con esa seriedad que tanto me intimidaba.

Cecilia había traído un álbum completo y yo miraba las fotos con avidez:

—¿Y esta quién es?

—Dominga.

—Dominga... ¡la renga!

De pronto, mi memoria se inundó de Dominga; de los pasos asimétricos de Dominga en el patio; de la piel oscura y el pelo atado; y las polleras de gitana pobre. Dominga, que no vino a la cena porque Cecilia se olvidó de invitarla. Era fácil olvidarse de Dominga, la invisible.

45

He allí reunidas la flor y nata de las promociones de la Escuela Número 39 Joaquín V. González, a mitad de camino entre Chacabuco y Chivilcoy, a una legua de Palemón Huergo, el pueblo de una sola calle y sin vereda de enfrente, porque enfrente están las vías del Ferrocarril Sarmiento y el Club Social con cancha de fútbol.

Todos habían perdido el acento algo brusco y contundente de la gente de campo. La mayoría vivía en Chacabuco y los que no se habían mudado tenían aspecto de estancieros, con sus camperas de cuero, los modales urbanos, las sonrisas llenas de confianza en los trigales

y los campos de pastura. Me dio pena escuchar a Walter repetir el latiguillo de un conductor televisivo. Antes se veía televisión cuando el viento soplaba a favor y no había interferencias; la televisión era algo maravilloso, una maravilla en blanco y negro que solo raras veces se dejaba admirar.

La mamá de Huguito, en una fecha patria, mientras yo ingería una taza de chocolate caliente, me dijo:

—Pero, nene... ¡Estás demasiado gordo!

Y yo sentí que lo que fuera estar así, tan demasiado gordo, era indecoroso. La opinión de los demás comenzó a importarme, y ya nada me pareció más devastador que la palabra “gordo”.

46

Inicié mi etapa estoica: comía y después hacía flexiones. Mamá fue al pueblo a comprarme pastillas Redoxón porque en dos meses había adelgazado seis kilos.

Un día, el maestro le preguntó a mamá, en voz baja —mientras yo lo miraba de reojo—, si estaba enfermo. Otro día vino a casa para hablar con los dos, con papá y mamá. Los almuerzos y las cenas eran un calvario de enojos y angustias: yo me negaba a comer algo más que dos bocados.

La señorita Miriam estaba igual, pero con el pelo gris. Delgada como una lámina de papel tisú, las uñas largas y cuidadas que se le doblaban en el pizarrón porque la tiza era muy corta:

—¡Ay!

Ay decía cuando se le quebraba una de esas uñas largas y era el único gesto de fastidio que se permitía la señorita Miriam. Era buena, pero no con Amílcar.

Con Amílcar Bastos nadie era bueno.

El primer día que fui a la escuela, mamá me llevó en el sulky y yo lloraba, pataleaba, imploraba. La señorita me recibió con una sonrisa y un guardapolvo impecable. Me presentó a los demás en voz alta, mientras mamá me dijo que se iba un rato afuera. A los dos minutos le pedí permiso a la señorita para ir al baño, salí hecho un ventarrón y comprobé que mamá se había ido. Comencé a llamarla, desafortado. La señorita vino a rescatarme y me convenció de volver al salón, pero con privilegios. Me puso un montón de lápices de colores en una mesa y me dejó dibujar un rato. Al final de la clase, ya era un alumno fanático.

47

Amílcar era el pato feo. Nada de cisne despistado, era un auténtico pato feo, recogido del orfanato por una tía, con anteojos de vidrios verdosos, labios desconsolados, ojos húmedos, uñas sucias, gesto perplejo de náufrago de la vida. Su mala conducta era involuntaria, resultado de una torpeza sin límites. Las cuentas no le daban bien, y el abecedario le resultaba un jeroglífico; todo saber le suponía un misterio que lo sumía en la estupefacción; la impotencia lo volvía tenso; lloraba, a veces empujaba, mordía, daba puntapiés.

Siempre se lo culpaba de alguna trapisonda. Un día, algunos chicos lo acusaron de meterse en la boca un chi-

cle ya masticado, que estaba tirado al lado de la bomba de agua. Denunciarlo ante la maestra y esperar el castigo consecuente generaba una expectativa mayúscula. La señorita Miriam recibía las denuncias con aplomo y muy pronto el escritorio estaba rodeado de testigos que confirmaban que Amílcar había infringido la ley. Quién sabe qué correctivo habría que aplicar por masticar un chicle usado, con el agravante de que se encontraba en medio de un agua barrosa, al lado de la bomba.

La señorita nos reunió en la sala, le informó al acusado, disgustada que “otra vez, querido, te portaste mal”. Amílcar comenzó a llorar, sin dilaciones. La cosa prometía. A su turno, todos los acusadores hablaron. La gota que rebalsó el vaso fue mi testimonio. Yo lo había visto tomar el chicle.

48

Como Amílcar lloraba y pataleaba, la señorita mandó a llamar al maestro para que lo dominara. El maestro era la encarnación de la solemnidad; un ángel justiciero que llegaba para poner orden en la sala, cuando alguna situación particular lo requería. Es decir, cuando Amílcar lo requería. Todos escuchamos la lenta pronunciación de la sentencia:

—Vamos, Amílcar. Llorando o sin llorar, vamos al pozo de los sapos.

Y con qué —porque todo hay que decirlo— acongojado placer, con qué dicha —que para algo éramos inocentes— oímos al reo gimotear, tirarse al piso, y ser llevado prácticamente arrastrado de la sala por el inmutable verdugo.



Yo estaba entre que creía y no en el pozo de los sapos, porque jamás lo había visto.

Mientras se alejaban, la señorita dijo:

—No, si Francisquito lo vio, entonces es cierto.

Ahí comprobé que mi testimonio había sido decisivo, tal vez el que definió que a Amílcar se lo escarmentara de una vez y para siempre. Aunque el tiempo pone una barrera de niebla en los hechos, estoy seguro de que nunca vi al pobre de Amílcar tomar el chicle usado. Me sumé al coro para que siguiera la función.

Nunca más volvió a la escuela. Si alguien me explicó qué había sido de él, si yo pedí explicaciones después, eso quedó en el olvido.

50

En algún momento pregunté:

—¿Y Amílcar?

—¿Qué Amílcar? ¿Amílcar Bastos?

Walter, que era la antítesis de Amílcar, entrador, travieso, feliz —y además el hermano de Cecilia, la chica más linda de toda la escuela—, se hundió, como yo, en la imagen del pobre Amílcar Bastos. Recordamos anécdotas, sus rabietas, sus fracasos. La canosa señorita Miriam se sumó a los recuerdos. Pensé en el pozo de los sapos y se me torció la boca. Era una sonrisa vieja, amarga, que volvía.

—En una época pedía limosnas en el banco— dijo alguien.

—Ahora es barrendero— informó otro.

—Bueno, a él le costaba mucho. Está haciendo algo por la comunidad —dijo la señorita Miriam.

—Una vez dije una mentira sobre Amílcar, ¿sabían?

Silencio. Todos prestaron atención. Y lo dije:

—Mentí cuando dije que lo había visto agarrar un chicle ya masticado del barro. Nunca lo vi, lo inventé.

Nadie recordaba el hecho. A nadie, tampoco, le importaba. Amílcar era como era, todos éramos chicos y a veces, por turno, nos mandábamos alguna macana. Siguieron hablando, de los partidos de fútbol, del día que el maestro cazó una comadreja en el hueco del paraíso, de la música que estaba de moda en la radio. Yo había clavado la vista en la mesa, distraído en mi remordimiento. Supe, con el coro de las risas de fondo, que no habría castigo ni redención; que nadie me liberaría de la culpa por una ofensa que hasta el propio Amílcar habría olvidado, como se olvida una espina cualquiera en un campo de espinas. Y sentí la abyección de haber sido yo una de esas espinas.

Por eso, aunque pueda ser no más que un gesto vacío o al vacío, escribo esto.

Por eso, Amílcar, te pido perdón.

Nunca me gustó viajar

Nunca me gustaron los viajes y menos este viaje.

—Tenés que ir, nene. Son tus compañeritos.

Mamá no entiende nada. Ya se lo expliqué. Que los colectivos me dan terror, pero no entiende, nunca entiende nada.

Dijo lo peor que puede decirme:

—Sos un fantasioso, Alfonsito.

¡Fantasioso! No debe haber palabra más fea que esa. A mí me gustaría que me dijeran que soy fantástico, no fantasioso. Los gatos sí me entienden, porque ellos hablan sin palabras, lo que dicen es invisible, es silencioso y eso es algo fantástico. ¿O no?

Basta que me ponga a pensar en la comida que les gusta:

Pescado, pescado. Paté. Pollo frito. Pescado.

Y tengo a los gatos de la casa rodeándome, y ahí sí hablan como hablan para todo el mundo, ahí se hacen los gatos y maúllan: miau, miau. Tengo cinco: Machi, Mechi y Michi. Y los hermanitos Mochi y Muchi. Con los gatos sí tengo comunicación.

Mamá usa demasiado perfume, a veces hasta la taza de café, del lado de adentro, tiene olor a perfume.

—La culpa es tuya, que traés gatos a la casa, no se aguanta tanto olor a gato —se defiende.

Y tira aceite esencial de un arbusto del Amazonas en todos los almohadones, en la ropa.

—Para sacar el olor a gato —insiste.

Tiene razón, se baña con perfume por mi culpa, pero los gatos son mis mejores amigos, me obedecen cuando pienso en pescado, pescado, paté, pollo frito, pescado. Ellos me miran, me escanean la mente y se acercan; después les doy alimento balanceado (de esos que son una mezcla de pescado, pescado, paté, pollo frito o hervido, qué sé yo). Solo una vez les pedí un favor: que atacaran a Marcos, un compañero de curso, porque estaba harto de que me llamara Marciano. “Vení, Marciano”, “Dame esa hoja, Marci”, “¿Y las antenitas donde las tenés, Marciano?”. Le dejaron la cara rayada. Ahora me dice Alfonso. Porque ese es mi nombre: Alfonso.

Mamá, cuando está en plan maternal, afirma:

54

—Alfonsito sos muy sensible. Eso es lo que pasa. Como los mininos.

No soy muy sensible, solo sé comunicarme con los gatos, ellos me entienden y yo también los entiendo a ellos. No sé cómo funciona o por qué, pero es un hecho y no me disgusta.

Me siento una sombra para los demás y ni siquiera aquí, entre las tres mil almas de Inrville llamo la atención. Me ven como un tímido, sin vocabulario, siempre en la mía; casi no me molestan. Marcos ya no molesta y tampoco es que estoy siempre solo.

Me gusta andar en bicicleta por la calle.

Paseo con Cristina, con Leo, con Rulo o Matías, mis mejores amigos.

Aunque a veces paseo solo, también. A la hora de la siesta el pueblo es un cementerio, salvo aquella tarde, cuando en una esquina dobló el colectivo de dos pisos, cerca de la estación, en la misma calle por la que yo venía en contramano... ¡qué sabía yo que había mano y contra-mano! Si nunca hay nadie, ningún auto. Aunque ese día sí, había un colectivo enorme y me salvé por un centímetro, me rozó, caí y la rueda delantera pasó a un pelo de mi cabeza. Y no pasó nada, pero desde entonces los colectivos me parecen animales vivos, depredadores; meterme en uno de ellos sería como meterme en la panza de un Tiranosaurio Rex. Me da impresión.

Y mamá:

—Dale, nene. Nunca en tu vida te vas a olvidar, es el viaje de egresados... ¡terminás la primaria, Alfonso! De qué depredador me hablás, es un colectivo.

—Ni loco, ma. ¡Dale, si me dejas no ir, cuido el jardín hasta fin de año!

—Vas a ir, nene. Y vas a cuidar el jardín hasta fin de año, también.

Mamá está siempre en su taller, ahí los gatos no pueden entrar; hay olor a resina de los árboles, olor a bosque, a pino, algo así; en realidad fabrica aceites esenciales para vender en la feria del pueblo los fines de semana y también vende a los negocios. Tiene sus métodos para sacarle el aceite a los árboles. Está convencida de que hay momentos en que los árboles se distraen, descansan, duermen y eso ocurre alrededor de las cuatro de la mañana: en el jardín de casa hay limoneros, naranjos, al-

mendros, pinos y hasta un eucalipto y mamá les saca el aceite de sus frutos, de sus bayas.

Se acercaba el viaje y yo rogaba: que llueva, que true-
ne, que las rutas se inunden, que se acabe el petróleo,
que tengamos que volver a la época de las carretas que...
Todo para que no arrancara el colectivo.

En la escuela mis compañeros estaban felices, todo
el día hablando de las grandes aventuras que viviríamos
en Carlos Paz, intrigados porque iban a salir lejos de sus
casas, sin papá y mamá.

Me enfermaban con ese entusiasmo. O me daban un
poco de envidia, tal vez.

56

Leo, Rulo, Matías y Cristina eran pura alegría, remeras
nuevas, zapas inmaculadas para entrenar en los cerros
de Carlos Paz. Yo hacía como que sí, que uh, qué bueno
che, lo vamos a pasar bien. Sí, qué loco. Loquísimo. En
serio, qué bueno.

No es que quiero que ellos no disfruten, solo que mamá
me puso entre la espada y la pared. Y tenía que hacer
algo, porque de una cosa estaba seguro: yo no iba a subir
al colectivo.

La noche anterior al viaje no dormí. Desde antes del
amanecer mi cabeza era una galaxia en movimiento; mi
cabeza giraba y dentro de ella, en pequeñas órbitas, tam-
bién giraban legiones de estrellas, estrellas brillantes, lu-
minosas como los ojos de los gatos en la oscuridad. Fue
un trabajo lento, una cadena, un eslabón que se unía a

otro eslabón. La cadena era larga, y los eslabones, muchos. Primero fueron decenas, más tarde: cientos. Y más.

Mamá no se colgó nada y me llamó temprano, yo estaba muy despierto.

—Qué lindo, nene. Debés estar ansioso ¿no es cierto? Uh, sí. Qué ansioso.

Había mucha gente frente a la escuela: bolsos, valijas, familias enteras para despedir a los viajeros. El colectivo estaba inmóvil, monumental, colorido. Una bestia mecánica. Los dos choferes, con sus camisas celestes, sonreían.

—¿Por qué no hablás, nene?

—Estoy hablando, ma —respondí.

—¿Con quién? Porque a mí no me dijiste una palabra.

—Mirá los gatos, ma.

Frente al colectivo ya estaban los primeros, no más de tres o cuatro. Más atrás, venían docenas.

—¡Cuántos gatos!

Primero la gente no se alarmó. Después, sí.

Eran cientos de gatos. Era una galaxia de gatos con sus ojos de estrellas. Cuando los gatos comenzaron a lanzar sus maullidos todos a la vez, la gente se aterró: subieron a sus autos y condujeron por la calle marcha atrás para irse.

Los dos choferes intentaron espantarlos, pero los gatos no obedecieron. Los gatos me obedecían a mí.

Los había llamado y ellos obedecieron.

Se supone que mañana volverán los choferes y el colectivo y mis compañeros solo habrán perdido un día de su viaje feliz. Que hagan lo que quieran, allá ellos, ya le demostré a mamá que no voy a subirme, que no me importa viajar, que estoy dispuesto a todo.

Ahora tengo otro problema: muchos gatos decidieron seguirme y están allí en la vereda. Mamá está a punto de llamar a los bomberos para que les echen agua. Son cientos de gatos y sé lo que esperan de mí, oigo en el silencio lo que desean, cada vez más impacientes:

Ya te hicimos el favor.

Ahora queremos lo prometido.

Pescado, pescado. Paté. Pollo frito. Pescado.



Los conejos están vivos

En mi pueblo hay un parque lleno de conejos. Como en todos los parques del mundo, un cuidador se encarga de las tareas de mantenimiento: cortar el pasto, tirar las flores viejas, regar los canteros y canturrear baladas de amor mientras trabaja y los conejos descansan en paz.

Eso le decía a Gonzalo, mi compañero del último año de la secundaria, mi amigo más bien asustadizo.

—Son conejos, Gonzalo. Conejos y un cuidador.

—Sí, Julio, pero este parque es distinto. Los conejos no son... como se supone que son los conejos.

Me había fastidiado mucho con el asunto de las voces que oía desde su cuarto, por las noches.

—Le pregunté a mis viejos si no podíamos mudarnos, pero ellos dicen que es difícil vender una casa vieja y con estos vecinos.

Dijo “estos vecinos” y señaló con su índice hacia el parque y hacia los conejos que, por supuesto, desde allí no eran visibles.

Pobre Gonzalo, estaba asustado de verdad. Sin embargo, no ha de haber otra cosa más natural que ser un conejo. Un día, tenemos una oreja de conejo. Después, el hocico. Más adelante, un pompón en la cola. Para el resto de la transformación, dos versos:

Y un día se miró al espejo.

Ya no era hombre, era conejo.

Decidí ayudarlo para que les perdiera el miedo.

El plan era sencillo, Gonzalo solo tenía que obedecerme.

A la medianoche, cuando el pueblo entero dormía —también los padres de Gonza— y solo un grillo ejecutaba su odiosa chicharra, lo pasé a buscar por la casa y caminamos hasta el paredón que amurallaba el parque.

Gonzalo, ay, es tan predecible, temblaba.

Saltamos el alto muro para caer sobre la hierba fresca, al borde de un bosque de naranjos plagado de aromas dulzones. Jamás comería naranjas en el parque de los conejos.

La luna sufría amortajada por nubes de lluvia. Vértigo en mi corazón y ese frío de lápida.

62

Había silencio. Silencio y dos iguanas sobre las cerámicas del sendero. Silencio y un búho viejo como la noche que nos miraba con severidad. Silencio y pulsos agitados. Así y todo, comenzamos a soportar la visión de las sombrías conejeras, pinos enormes, callecitas de piedra.

El bueno de Gonzalo me agarró el brazo, como si yo fuera su bastón. Caminamos unos minutos en línea recta, observando todo a diestra y siniestra. Nada.

Solo faltaba cruzar la galería donde se apiñaban las conejeras. La galería era el corazón del parque.

A pesar de sus temores, Gonzalo tragó saliva y avanzó: después de ese esfuerzo pasaríamos en silencio por la casa del cuidador, saltaríamos el muro y de vuelta a casa. Y aquí no ha pasado nada, eso le diría a mi amigo.

Podría dormir tranquilo por las noches, dejar de imaginar conejos que no son como todos los conejos y perder esas ojeras color de uva pasada.

La negrura de la galería era absoluta. Olía a jarabe para la tos. Gonzalo apretaba mi brazo con fuerza. Me sobresaltó la carcajada:

—No seas tonto, Gonzalo. No es momento para pasarse de vivo —dije.

—No... me estoy... haciendo el... vivo.

—¿Por qué hablás así? —pregunté.

—¡Yo no estoy hablando! ¡Será un conejo! —dijo Gonzalo.

—¡Corramos! —chillé.

El espanto me hizo olvidar toda prudencia. Y grité y corrí hasta salir de la galería. Gonzalo y el conejo también corrían.

—Tengo... muchas ganas... de comer... —decía el conejo con su garganta corroída, agitado por la carrera. Llevaba el traje oscuro que por las noches deben usar los conejos.

—¡Aléjese! —le supliqué.

Gonzalo se me había adelantado a una velocidad inaudita y ya saltaba el muro.

—¡No... te vayas...! Tengo sed...

El conejo dio un salto inesperado y me tomó del brazo. Sentí que se venían otros, muchos, una horda de conejos vivos, con sus murmullos, esas voces que dejaban insomne al pobre Gonzalo.



Ay, que dolía. Me estaba mordiendo el brazo y arrancaba pedazos de tela, un poco de piel. Ocupado en salvar mi vida, perdí todo temor. Me defendí como un guerrero hitita y le sacudí el esqueleto antes de que llegaran los demás.

No muy lejos, pero tampoco tan cerca como para reconocer a nadie, el cuidador se había levantado por los gritos y abrió las rejas que protegían su casa. Preguntó con voz tonante:

—¿Quién anda ahí? ¡Llamaré a la policía!

Me libré del conejo y sin mirar atrás, trepé como un lagarto por las salientes de los ladrillos. Sentí un coro de súplicas, de gemidos y de amenazas.

Me pareció ver al cuidador corriendo hacia los conejos. Me pareció que el cuidador se estaba metiendo en un lío mayúsculo. Pero era un cuidador. Sabría cuidarse muy bien.

Ya en la casa de Gonzalo, no lográbamos recuperarnos del susto.

—¿Sabés de qué tengo miedo? Es decir... más miedo —me dijo el pobre Gonzalo.

—No sé —le contesté.

—De que un día ellos también decidan saltar el muro. De allá para acá.

—¿Y qué si lo saltan?

—Ya sabés lo que dicen de los conejos. Que tienen muchos conejitos. Muchos. El pueblo se llenaría de... conejos.

—De conejos vivos —dije.

—Sí. De conejos vivos.

—Bueno, tal vez tus padres puedan venderles la casa.

Y por fin Gonzalo sonrió un poco, solo un poco, mientras el viento se volvía rabioso y seguía arrastrando murmullos y voces y pedidos de auxilio. Oh, sí, se trataría del cuidador que decía: *socorro, los conejos están vivos, por Dios, están vivos, son realmente conejos vivos, socorro.*

Una especie de fantasma

Era año nuevo y, como siempre, la casa se había llenado de parientes. Después de los festejos y los brindis, los más chicos nos fuimos a la habitación de mi hermano mayor. Allí estaban también todos mis primos. Todos más grandes, todos haciéndose los importantes, los adolescentes, qué sé yo... No tengo primos de mi edad. Ni siquiera uno. Y eso que la familia es grande. Pero hubo un tiempo en que solo nació yo y nadie más. Tengo primos siete y ocho años más grandes y otros cuatro o cinco años más chicos. Obvio: prefiero estar con los más grandes. Aunque a veces dudo... ¡las pavadas que son capaces de decir!

67

Igual me dan ganas de ser más grande. Los grandes son más libres. Usan palabras raras que no sé bien lo que quieren decir, pero me gustan. Mi prima Claudia, que lee mucho, se enamora de ciertas frases y las repite:

—Está bien, pero a la inversa de lo que decís, el agua pesada se usa para refrigerar los reactores nucleares.

O así:

—A mí me gustan los perros y a la inversa, los gatos también.

Después están Violeta Ja Já y Celeste Je Jé, que son un poco más chicas que Claudia (pero bastante más grandes que yo) y siempre hablan así:

Violeta: —Ja já tá buenísimo ese grupo yo tmb soi fan en feis... ja já...

Celeste: —Je jé son lo más, mal... RekTbueno, el cantante es lindo mal, loca... je jé.

Y así están todo el día, diciendo ja já y je jé.

Mi primo Omar mide como dos metros, juega al básquet, tiene la voz gruesa, recién estrenada. Digo recién, porque el año pasado tenía voz finita, aguda y ahora parece un locutor. Bueno, es como el líder, así que todos lo escuchamos cuando propuso:

—¿Y si nos contamos cuentos de terror?

La verdad, a mí me aburren los cuentos de terror. Sí, ya sé que a todo el mundo le gustan. Uh sí, qué miedo. La mujer sin cabeza. El ahogado que caminaba por la orilla del río. El duende que comía niños recién nacidos. El fantasma cantor. En cuanto empezaron con todas esas pavadas, me puse a mirar el jardín por la ventana abierta. Veía los árboles y pensé en la higuera, que quizá tendría las primeras brevas maduras. Me dieron ganas de comer una breva. Las brevas son higos tempranos, eso me explicó mamá el año pasado. Y suelen madurar para nochebuena o un poco antes o un poco después.

Así que mientras mis primos se aburrían (bah, yo era el aburrido) asustándose, me fui. Como hacía un poco de fresco, agarré al paso un rompevientos blanco de papá, que colgaba del perchero. Me quedaba bien grande.

Salí al jardín.

Encontré una breva. Dos. Tres. Las comí sin lavarlas, porque no me comí la cáscara, solo lo de adentro.

Di unas vueltas y me empezó a agarrar sueño. Pensé en irme a la cama, pero... imposible, con la casa llena de



gente. Volví al cuarto de mi hermano, después de colgar el rompevientos blanco en el perchero y me encontré con un montón de caras pálidas que hablaban a la vez. Nadie se dio cuenta de que había entrado y nadie se habrá dado cuenta de que me fui. Siempre lo mismo, es como que me ignoran.

Pregunté qué pasaba, pero estaban muy ocupados y nerviosos. Celeste y Violeta habían perdido los je jé y los ja já:

—Fue ahí, ahí. El fantasma. Se subió entre las ramas. Era horrible —dijo Violeta.

—Horrible. En un momento miró para acá y tenía los ojos rojos, mal.

Y Claudia:

—Era un fantasma o a la inversa, un muerto vivo.

Mi primo basquetbolista había recuperado su antigua voz aguda, y señalando con el dedo la ventana, decía:

—Me parece que... que... ¿y si vamos con los tíos?

No les dije que había sido yo. Si no me daban ni bolilla. Al fin y al cabo era verdad: para ellos yo era una especie de fantasma que andaba por ahí, en la higuera o en ese cuarto.

El mago y el androide

El doctor Víctor Frankenstein hizo un hombre artificial con materiales que encontró en un cementerio y cuya composición mantuvo en secreto.

El doctor no era cariñoso. Llamaba a la criatura “Engendro”; “Monstruo Aborrecible”; “Ser Miserable”; “Ser Demoníaco”; “Insecto Vil”. Consideraba que su creación no cumplía con los estándares típicos de belleza de un hombre europeo del siglo diecinueve y se sintió decepcionado.

En adelante llamaremos “Monstruo” a secas a la irrepentible creación de Víctor.

Ahora... ¿qué argumento utilizó la autora para contemplar siquiera en su imaginación la vida artificial, casi dos siglos atrás? Mary Shelley, sugiere teorías de la época en que la electricidad podría reanimar a cuerpos inertes.

A Monstruo no le hizo falta más que abrir los ojos para saber que había nacido con mala estrella: su creador huyó despavorido del taller a su dormitorio, describiéndose a sí mismo la catástrofe. La catástrofe, para él, era Monstruo.

Lo imaginó bello. Le salió Monstruo.

La rebeldía de Monstruo era entendible. ¿Había pedido nacer de ese modo, sin infancia, sin iguales, a merced de un amo carente de todo paternalismo?

—Amo, quiero una compañera —insinuaba.

—Ni lo sueñes, ¿quién va a quererte a vos? Y ahora... ¡andate de mi vista, caprichoso! —respondía el doctor.

Hay que decirlo de una vez y para siempre: Monstruo no fue feliz, aunque se comió unas cuantas perdices (crudas...).

El mago Manchula fue un genio poco conocido, pero que superó en logros al doctor Frankenstein.

Manchula fue un creador refinado. Nada de macabras incursiones bajo la luna, nada de fórmulas misteriosas. Forjó una criatura semejante a un hombre, pero de trapo y madera con la cual mantenía una relación apacible, cercana al afecto fraterno.

El androide era mudo, pero contestaba preguntas mediante un sistema de tarjetas, muy ingenioso. De este modo, se ganaban la vida mago y androide, por pueblos dulces y polvorientos cuyos habitantes aguardaban con avidez —y algo aburridos— visitas inquietantes, noticias sobrenaturales.

Se instalaban en la plaza principal, rodeados por las fachadas del registro civil, el edificio municipal, la iglesia y los comercios más concurridos.

El mago Manchula envolvía el cuerpo del androide con una capa púrpura, le acomodaba el turbante, la barba postiza y lo sentaba en un sillón imperial, frente a una mesa.

Había tarjetas de preguntas y tarjetas de respuestas. Ambos montículos —las preguntas, las respuestas— eran simétricos, como dos mundos paralelos.

A un mundo de preguntas le correspondía un idéntico mundo de respuestas. La primera tarjeta de una fila se correspondía con la primera tarjeta de la otra fila.

Por ejemplo, un niño tomaba una tarjeta que decía:

—Androide, robé una bolsa de caramelos.

El androide movía su mano con rigidez hasta el tarjetero que había sobre la mesa y extraía la respuesta.

—Feo. Muy feo. Pedí perdón.

—¿Cuándo me haré millonario? —preguntaba un ambicioso, que había elegido la tarjetita adecuada a su codicia.

—Cuando te conformes con lo que esté a tu alcance —replicaba el androide, con sabiduría.

—¿Cómo seré en el futuro? —quería saber un hombre pobre.

—Rico, muy rico —lo alentaba.

—¿Cuándo me casaré? —preguntaba otro.

—Cuando encuentres el tesoro de una novia.

73

Ya viejitos, al mago Manchula y a su androide se le mezclaron todas las tarjetas en el tarjetero. Las respuestas eran escandalosas.

—Androide, robé una bolsa de caramelos.

—Rico, muy rico.

—¿Cuándo me casaré?

—Cuando te conformes con lo que esté a tu alcance.

—¿Cuándo me haré millonario?

—Cuando encuentres el tesoro de una novia.

—¿Cómo seré en el futuro?

—Feo, muy feo. Pedí perdón.

Cuando se dieron cuenta de que ya no podían acomodar más las tarjetas, se retiraron dignamente y poco a poco la gente se fue olvidando de ellos.

El Doctor Frankenstein y Monstruo se hicieron célebres; todo el mundo los conoce. Su poca amistosa relación fue llevada al cine en muchas oportunidades. En el libro, ambos mueren trágicamente en las soledades heladas del Ártico.

Al mago Manchula y al androide de trapo nadie los recuerda; quizá porque entre ellos no existían conflictos ni se interponían ambiciones desmesuradas.

Moraleja uno: trata bien a tus hijos, incluso a los artificiales, o morirás con frío.

Moraleja dos: las verdaderas amistades solo son memorables para los amigos. Y así debe ser. Salud.



